

MARCHA ATRÁS

GUSTAVO BUNTINX

(Borrador de consulta. No circular)

“Nadie sabe el pasado que le espera”

Proverbio cubano,
tal vez derivado de una frase de Milan Kundera

Por apenas cuatro días, entre el miércoles 2 y el sábado 5 de junio del 2021, en vísperas de un proceso electoral traumático, Cecilia Noriega-Bozovich expone una instalación sonora de inflexión histórica: como en un canto paralelo a los fastos por los doscientos años de nuestra república extraviada, los sagrados compases del himno nacional peruano reverberan —*revertidos*— en el recinto escenográficamente oscurecido del Paradero Habana de Micromuseo, el Laboraleatorio de Arte que sirve de anexo experimental al Café Bar Habana en el distrito limeño de Miraflores.

Ritmos revertidos, *invertidos*: al repercutir las notas de nuestra primera canción patria en exacta secuencia opuesta, Noriega-Bozovich logra una composición de perturbadas evocaciones. Una sonoridad cuya (des)armonía creemos reconocer sin lograr del todo identificarla, hasta que ella se nos revela trastornada. Siniestra, en el sentido freudiano del término *unheimlich*: la *inquietante extrañeza* de aquello antiguamente familiar, pero luego reprimido, que vuelve sobre nosotros para agitarlos con un reconocimiento desplazado.

Un reconocimiento angustiado que es el de nuestra estructura trastrocada de sentimientos. Personales y colectivos. E históricos: los ahora dos siglos de un país fundado como una contradicción en términos.

La república sin ciudadanos surgida de una emancipación proclamada con esclavitudes y servidumbres que demorarían varias décadas en ser suprimidas. Y aun cuando abolidas en el orden jurídico, fueron entonces prolongadas en el desorden social que lo subyace y lo sostiene. Con inercias culturales desfallecientes pero todavía supérstites.

El gran des-concierto peruano. A cuya sonoridad primigenia Cecilia nos devuelve, mediante un dispositivo sencillo pero esencial, para dislocar en nosotros la esperanza suprimida en ella. Escuchar otra vez, al revés, nuestra banda sonora oficial, es también *someterla a la escucha*. Para en ella liberar las libres asociaciones de aquello que nos enmudece y a la vez nos expresa. Lasaporías de las que estamos hechos.

Nuestra también personal contradicción en términos, inscrita desde la memoria escolar a la que nos vemos ahora devueltos. Bajo la demanda —la interrogante— de los tiempos. Como quien contempla el revés de la trama textil, el negativo de la huella fotográfica, explorando sin saberlo sus *defectos de origen*. Los de la utopía republicana. Entre cuyas sombras, sin embargo, logró ensoñarse aquello que Jorge Basadre denominara "la promesa de la vida peruana". La de una sociedad dispuesta a no *reprimir* sino *productivizar* las diferencias.

Una fantasía, incluso libidinal, corporal, anunciada en las artes antes que en las leyes. Fue un miembro de las castas llamadas "pardas" —el célebre Gil de Castro— quien durante la Independencia se erigiera como el gran "pintor de los Libertadores". Y entre ellos, notablemente, el plebeyo José Olaya. Un mulato pinta a un mestizo: todo el anhelo democrático de la época podría atisbarse en ese encuentro fundacional de "impurezas" redentoras.

Como quisiera además entreoírse tras las europeizadas notas con que otro mulato —Bernardo Alzedo— coronó el concurso convocado por San Martín para la creación del himno patrio. La encarnación viva de aquella promesa cuya premisa retumba desde la proclama marcial —un llamado, un reclamo, una exigencia— de los versos iniciales siete veces (siete) reiterados en la partitura primera de nuestra marcha primordial: *Somos libres, seámoslo siempre*.

Una ilusión que se renueva ahora como desconcierto. Político, sin duda, al enclavarse las conmemoraciones bicentenarias sobre un precipicio electoral: un despeñadero en el que la propia idea republicana, el ideal mismo, parece abismarse ante la opción forzada entre dos maximalismos abrumadoramente minoritarios.

La exposición de Cecilia, tómese nota, culmina en la exacta víspera de la segunda vuelta electoral, pero su comentario no es a la pobreza de las candidaturas sino a las miserias del sistema. O a la inquietada extrañeza que en el Perú nos habita siempre, como una condición existencial casi, casi como una latencia, para irrumpir violenta sobre nosotros. Con devastadora intermitencia.

Alguna intuición de ello sin duda erizó en la artífice la ansiedad de invertir por primera vez el himno en el 2004, para luego olvidarlo. A la espera impensada de la extremidad que lo despertara.

Su aquí y ahora.

Una emergencia, en varios sentidos. Pues el reto político de esta obra es ante todo un desafío poético. A cuyas alturas Cecilia ha sabido atreverse. Otra vez: ya en los comienzos del milenio fueron sus intervenciones en el espacio público —bajo el lúdico título de *Todos somos presidenciables*— las que con agudeza significaron el

momento de un umbral de época. El pausado desmoronamiento de una dictadura, la aletargada construcción de una democracia.¹

Una democracia inconclusa. Que vemos otra vez trastabillar.

Y cuyos ánimos ciudadanos, libertarios, requieren otra vez ser animados. Alertados.

Espoleados: atención a la inquietante fusta de plata y dos chicotes dispuesta en la sala con toda ostentación. Como una batuta perversa que acompaña a la partitura musical invertida, erigida sobre un atril y éste sobre un pedestal (melo)dramáticamente iluminado. La única instancia de privilegio retiniano para esta exhibición sobre todo acústica. Un momento liminar, una aparición fantasmagórica entre las penumbras del Laboraleatorio de Arte que Micromuseo transfigura en *camera obscura*. El *white cube* deviene así en *dark room*, en espacio de encuentros anónimos motivados por la oscuridad que opaca la visión para exaltar los demás sentidos —táctiles, acústicos— voluntariamente expuestos a lo inesperado.

Las provocaciones de un misterio que es aquí, en esencia, aural. Un voyeurismo auditivo para nuestros compases patrios.

Nuestro *Omnih lanoican led Úrep*. Pero lo que tras ese aparente juego de letras y notas se revela no es un palíndromo sino un espejo. No el fonema que se pronuncia idéntico desde cualquier direccionalidad en la lectura, sino el que se refleja inverso. Y al ofrecerse opuesto se procura complementario. Para devolvernos así a los Orígenes. A ese otro lado del espejo en el que asoma, siempre azogado, el espejismo de la comunidad nuestra.

Azogado, azotado. *Incitado*. Cecilia no elude, más bien hurga, las oblicuas sugerencias sexuales que asoman tras las sinestesias de sus expresiones. Y en el

¹ Para una amplia discusión de estas y otras obras decisivas de la artífice, véase: Gustavo Buntinx. *Tout est fétichiste / Tout est politique. Cecilia Noriega Bozovich, entre lo Real y lo Simbólico (1999-2014)*. Lima: MICROMUSEO y el Instituto Cultural Peruano Norteamericano (ICPNA), 2016.

delirio fetichista del zurriago escogido por su inquietante mango configurado como un puño de fálico metal precioso.

De metal argento, de metal fulgente, a ser apenas encendido por la iluminación tenue y focal que acentuará el efecto atmosférico de lo sonoro. Los ritmos disonantes pero envolventes, extraños pero indeciblemente propios.

La regresión musical de la peruviana historia. Acaso su reversibilidad: ¿puede el desandar las notas de nuestra excitación —frustrada— reconstruir los compases de nuestro deseo?

Nuestra pulsión en reversa.

Hacia el hueco negro de la historia que el cuarto oscuro de la exposición condensa. Y la luz incierta resalta. Como en un vislumbre. ¿Esperanzado u ominoso?

Lo que acecha en el umbral es tal vez la metáfora que en español deberíamos privilegiar para la comprensión incisiva de lo *unheimlich*. ¿No habrá en todo ello una asociación libérrima posible con la fantasía —el fantasma— del *falo ausente*? El Orden, faltante. El Contrato Social, perdido. El Significado, castrado.

Concierto / Desierto: lo revertido es acá también lo travestido. Y la caja de falsos lujos que al final contendrá a la exposición entera —las hojas de música, sus registros sonoros, la *fusta*— se inscribirá como un momento de excepción no sólo en la historia del arte peruano en el Perú (perdonen la tristeza) sino además en la de la historia a secas.

En el delirio fetichista de nuestro devenir.

Simbólico y fáctico.

Paradójico: la disonancia de las notas sometidas, el chasquido lacerante que las aceza y las punza, es al mismo tiempo la incitación —también la contemplación, también la melancolía— de nuestra historia. Sadomasoquista.

Nuestras libertades nacidas bajo el látigo.

Y tal vez ahora a él devueltas.

¿Marcha atrás?